



II. ALTAMIRA
—+—
al
PRIMERA
CAMPAÑA

PQ6601
.L7
M5

R. C.



1020027483

DATE

MI PRIMERA CAMPAÑA

OBRAS DE RAFAEL ALTAMIRA

Historia de la Propiedad Comunal.—1 vol. en 4.º, de 366 páginas, 3,50 pesetas.

La enseñanza de la Historia.—1 vol. en 4.º, de 278 páginas. Publicación del Museo Pedagógico. No se vende.

Pensiones y asociaciones escolares.—1 folleto en 4.º, de 59 páginas. No se vende.

EN PREPARACIÓN

Más crítica.
Cuentos de Levante.

BIBLIOTECA ANDALUZA

3.ª Serie.—Tomo VI.—Volumen 26.

RAFAEL ALTAMIRA

MI PRIMERA CAMPAÑA

(CRÍTICA Y CUENTOS)

CON UN PRÓLOGO DE

LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)



MADRID

LIBRERÍA DE JOSÉ JORRO,
Calle de la Paz, 23.

1893.

31139

860 PA 6601
A. L7
MS



FONDO
RICARDO CARRUBIAS

PRÓLOGO

La profesión de las letras para el que tiene que considerarlas, en su aspecto económico, cual un oficio, lejos de ser un arte liberal, es una servidumbre disimulada. No importa que el literato se haya emancipado de Mecenas: ¡tal vez era mejor ser esclavo del magnate que ser el *siervo de la pena*! ¿Qué peor esclavitud que la de las *cuartillas blancas*, nuestra gleba, un desierto infinito que hay que ir poblando de frases y de ideas, si se puede, hasta la muerte?...

La fabricación del papel continuo me causa el escalofrío que debí de sentir en presencia de las máquinas inquisitoriales el condenado al tormento. La aprensión del miedo me hace

temer por momentos que toda aquella blanca tengo que emborronarla yo...

¡En España, particularmente, hay que escribir tanto para vivir de la pluma!... Y después, cruel ironía de la suerte inocente é implacable, cuando se empieza á realizar el sueño dorado de la juventud inexperta y se tiene *parroquia*, colocación segura y lucrativa para miles de artículos, es justamente cuando la madurez de los años nos ha traído á esta natural tendencia de todo hombre reflexivo y desencantado á sentir un poco la vocación de trapense. ¡Callar! ¡Qué delicia! ¡Callar como callan eternamente los cielos, cuyas armonías, que Pitágoras creía oír, consisten en el absoluto silencio! Callar como el cielo, el del espíritu, que jamás (¡oh, es bien seguro, jamás; el cielo es justo, sí es, y no sería justo si á unas voces contestara y á otras no), que jamás dió respuesta á las deprecaciones humanas, ni siquiera á las más sublimes y para siempre solemnes en la historia!... ¡Callar es tan sincero! Cabe, además, tanta idealidad en el silencio! El silencio es la oración en el culto del Misterio, quinta esencia de las religiones.

Si yo quisiera hacer una síntesis fiel y exac-

ta, ingénuo, del resultado actual de tantos miles de batallas como se han dado en mi corazón y en mi cerebro, la fórmula más adecuada y acaso más bella, la encontraría en el silencio. No en el silencio que es una negación, una oposición, una terquedad, sino en el silencio que habla callando, como Andrómaca lloraba riendo.

A los veinte años pensaba yo: ¡tengo tanto que decir! A los cuarenta pienso: ¡tengo tanto que callar! No me pidáis que explique hablando lo que quiere decir todo esto: sería contradirme; además, no me entenderían más que los hombres de cierta edad, los que callan también y no necesitan que otro les diga por qué callan...

No crea, mi querido amigo Altamira, que va todo esto para negarle el *Prólogo* que le he ofrecido hace más de medio año. Viene á cuento esa digresión que parece melancólica, y no lo es por completo, porque esta pícara necesidad de hablar sin ganas, sin nada bueno que decir, y con algo bueno que callar, me ha obligado también á tener relegado, no al olvido, sino á lo imposible, por muchos meses, este *Prólogo*, que yo tanto hubiera querido

hacer á mi gusto, con tiempo, con tanto tiempo... que hubiera tenido bastante para reducir mi trabajo á muy pocas cuartillas, meditando lo suficiente para ahorrar todo lo superfluo.

Un día Moreno Nieto, en el Ateneo viejo, mientras yo llenaba papel para un periódico, me puso la mano en el hombro y me dijo con su voz temblorosa y apagada, de *timbre evangélico*, sonriéndose:

—¡Cuidado, que Dios pide cuenta de las escrituras ociosas!.

—Es para comer—contesté levantando los ojos hacia el maestro.

Moreno Nieto se puso muy serio, algo triste, y siguió adelante exclamando:

—¡Ah, eso es otra cosa!

Para no escribir *lo ocioso*, hay que ser muy rico ó de dinero ó de tiempo.

Hoy la necesidad convierte á la mayor parte de los escritores en unos charlatanes.

Quando veo mi firma reproducida cien y cien veces al pie de tantos y tantos artículos, y después contemplo la respetable tranquilidad de un acomodado burgués que nunca ha escrito en periódicos, si él me mira con cierto aire

de benévola superioridad, como suelen, me entran deseos de decirle:

—Aunque ve usted que escribo tanto... no crea que soy tonto. Toda esa prosa es mi manera de ser pobre. Compadézcame usted como al desnudo, y déme la única limosna que yo puedo admitir, la consideración que merece el que no calla, porque no puede... ¡El prólogo, el prólogo para Altamiral Hace tanto tiempo que lo tengo hecho. Pero hecho para mis adentros; para callado. Ahora el escribirlo es ir *deshaciéndolo*. El resultado de mi prólogo era el silencio con que yo apreciaba y aprobaba la tarea crítica de mi querido amigo y compañero. El no lo sabía, y nada va á ganar con saberlo. Después de leer el libro que sigue á estas cuartillas mías, creció en mi espíritu la grande estimación en que ya de antiguo tenía el talento, el carácter y el corazón de Rafael Altamira. Si se hubiera necesitado probar con actos y no con palabras estas novedades que mi compañero ignoraba, hubiera él podido advertir de mejor manera que yo le quería más y le admiraba más que hace algún tiempo.

Ahora hay que recurrir á la sospechosa y

vulgar manera de hacérselo comprender, que consiste en decírselo.

Pero á lo menos ayúdeme el lector, y ayúdeme Altamira, adivinando lo más de lo que fuera del caso decir.

Si empezara á exponer aquí mis ideas acerca de la crítica, de su concepto, de su historia, de su porvenir... no me bastaría la mitad de este volumen. No porque yo sepa mucho, sino por lo mismo que sé poco, y en dudas, tanteos y digresiones tendría que emplear mucha tinta. Demos por supuesto que algo he leído y pensado acerca de las transformaciones por que ha venido pasando el oficio social de la crítica desde que ésta es, á sabiendas, una forma especial de actividad literaria, y coloquémonos de un salto en su estado actual en España y en lo que en ella representa ya Altamira.

Sí, porque ya representa algo y aun algos. No quiero adularle diciéndole que es un crítico popular, de esos á quien una parte del público bien intencionado, pero indocto, elogia sin examen y sigue á ciegas, mientras otra parte del mismo público insulta y calumnia y desprecia, también á ciegas y hasta sin leerlos.

El crédito de Altamira se va extendiendo todavía entre los aficionados inteligentes de la ciencia y de las letras, y *va callado por las montañas, no gárrulo y sonante* por las huecas cañas de las trompetas gacetillescas...

Ya se sabe que la profesión de la crítica en pocos es hoy exclusiva, y hasta hay cierta afectación algo ridícula en hacer alarde de profesar únicamente en el sacerdocio de los Aristarcos, cuando en realidad hay aptitud y vocación para otras cosas. Van quedando pocos críticos con uniforme. La crítica es un género que no debe mezclarse con otras cosas, pero los críticos pueden ser algo más que jueces, aunque la crítica sea ante todo un juicio. No soy de los que piensan que la crítica moderna no juzga, *canta*, cuenta impresiones, describe *estados de alma*, filosofa ó analiza científicamente. No; la crítica no es ciencia naturalista, ni poesía lírica, ni novela psicológica, es... lo que siempre, juicio estético. Pero el crítico es ante todo hombre, que puede ser poeta, novelista, científico, etc., etc.

Hoy, muchísimos poetas, novelistas, etc., se convierten en críticos para defender su escuela y hasta sus obras, y muchísimos críticos escri-

ben sin miedo poemas, novelas, tratados científicos, etc., etc., comprendiendo que aunque en sus obras tengan defectos, no por eso pierden autoridad, si ya disfrutaban de ella, porque el que critica no se entiende que quiere dar á entender que él sería capaz de la perfección que predica. Si no hubiera más sermones que los del hombre perfecto, probablemente no habría sermones. Goethe fué crítico y poeta; Lessing crítico y poeta de varios géneros; Schiller crítico y poeta; Voltaire crítico y poeta; Sainte-Beuve crítico y poeta... y así de ciento. Hoy, por ejemplo, en Francia, Zola, novelista, escribe crítica; Lemaitre, crítico, escribe comedias; Bouget no se sabe qué es más, si novelista ó crítico... y en España, Balart, crítico, es poeta; Valera, crítico novelista. Es una vulgaridad insistir en esto. Nadie lo niega. Altamira, crítico de letras, es además hombre de ciencia, autor de muy notables estudios acerca de la historia de la propiedad y de la enseñanza de la historia. En una clasificación de la crítica española contemporánea, le cuadraría entrar en la casilla de los críticos-científicos.

Es este grupo el más nuevo en nuestro país

y el que ofrece más esperanzas, juntas con algunos peligros.

La crítica española moderna ha sabido brillar por el ingenio más que por la ciencia, el gusto y la reflexión.

Leyendo á nuestros críticos de algunas décadas atrás, no se aprende más sino que eran hombres de chispa, los que lo eran. Hay algunos que tienen mucha fama, á quien ya no se puede leer, ni por lo que tenían que decir, ni por el modo de decirlo.

No es por la forma por lo que más valen estos escritores nuevos que yo miro como una esperanza. La mayor parte de ellos son demasiado poco nerviosos, á lo menos en su estilo. No suelen tener gracia, ni *salidas*, ni *originalidades*... pero tienen tantas buenas prendas, que en España eran lo más necesario!

Aquí pasan por literatos *cultos* hombres que hacen alarde de no saber lo que en otros países sabe cualquier bachiller en letras.

Nuestros *críticos científicos*, que ahora empiezan, siempre enseñan algo al lector, porque jamás escriben sin estudiar concienzudamente su asunto, y además están preparados con lecturas largas y serias.

Altamira, se nota pronto leyéndole, se distingue por la *justicia y la reflexión*.

Da á cada uno lo suyo, y medita mucho antes de presentar un fallo. En uno de sus primeros ensayos, largo trabajo acerca del *naturalismo*, escrito cuando ya se había hablado muchísimo de esta tendencia literaria, todavía su espíritu de imparcialidad y su atención profunda supieron encontrar novedades críticas, ideas muy justas, rectificaciones muy oportunas.

Lleva nuestro escritor á la crítica literaria la misma escrupulosa conciencia que emplea en sus trabajos de pedagogía y de sociología; toma muy en serio el arte, y así se le ve analizar con suma atención y constancia de benedictino los caracteres de una novela ó de un drama. Sea ejemplo de este prolijo y detenido estudio lo que ha escrito acerca de las *mujeres* de las novelas de Daudet.

Respecto de la procedencia filosófica y literaria de Altamira, puede decirse algo semejante á lo que pocos meses ha escribía yo en otro prólogo hablando del notable publicista y cate-drático D. Adolfo Posada; puede afirmarse que es Altamira uno de los epigones del krausismo

español, solo que... póstumo. No quiere esto decir que sea un krausista, así como suena, sino que discípulo y amigo de Giner y Salmerón, ha recibido de ellos, de Giner particularmente, el impulso pedagógico, en el más noble sentido de la palabra. Altamira es, sin embargo, un pensador ante todo independiente, y así se le ve seguir por su cuenta y riesgo, y con toda originalidad y sinceridad, la marea corriente, que va siendo general, hacia futuros idealismos que en cierto sentido pueden llamarse religiosos. Y lo que es en este camino no cabe decir que le haya impulsado el señor Salmerón.

De lo que en general se puede llamar el positivismo moderno, Altamira tiene también algo; las excelencias del método analítico, escrupuloso y perito; pero sabiendo adónde llega el poder del análisis que se basa en hechos que caen bajo la acción de los sentidos.

Ama la verdad sobre todo, pero entendiendo que amar la verdad es amar un objeto; porque el amor de la verdad sin esto sería una idolatría como otra cualquiera, idolatría á que sucumben muchos que se llenan la boca proclamando que no tienen ninguna religión.

A la literatura lleva Altamira su filosofía y su método, y es en este concepto un crítico de lo más moderno que cabe. Sólo quisiera yo verle un poco más aficionado á los clásicos. Sus teorías, sus ejemplos, sus alusiones, sus imágenes, nos hablan pocas veces de griegos y romanos y de españoles de los siglos de gloria. Si mi consejo valiera, yo pediría á Altamira, que puesto que él ha de ser, con otros de su índole, quien trabaje para formar el gusto de las generaciones que ahora empiezan á leer y escribir, dejara ver en sus críticas más á menudo la sagrada huella del arte griego y latino, pues no en broma profesamos aquello de que hay algo en la antigüedad clásica que fué una sola vez en el mundo y no debe olvidarse.

No desmaye mi querido amigo ni desmayen los que con él forman en el *pelotón sagrado* de la novísima crítica científica (científica por ellos, por los críticos) en la interesante y utilísima labor que les está encomendada por su vocación y sus facultades; sigan animando nuestras decaídas letras con el aliento del *modernismo* sano y culto, y cuanto más despego y mayor apatía encuentren en el público, cada día más indiferente, luchen con más fuerza.

Vengan á lograr lo que no hemos conseguido otros, que hemos predicado años y años la necesidad de una ciencia, que nosotros amamos y ellos tienen.

CLARÍN.

ADVERTENCIA

Apurando las cosas y el rigor histórico, la presente colección no resultaría bien bautizada con el nombre que lleva. Mi verdadera *primera campaña* literaria fué en 1886, y la representa un libro sobre *El realismo y la literatura contemporánea*, que se publicó poco á poco, y como serie de artículos, en *La Ilustración Ibérica*, de Barcelona. Pero de entonces acá van algunos años; y mis ideas han sufrido variación bastante para que no me sea posible reimprimir aquel trabajo sin grandes rectificaciones; antes bien, habría de hacerlo nuevo, cosa que no me halaga, por el pronto, ni quizá interesaría al público de ahora.

Los artículos que siguen pertenecen, pues, los más, á tiempos posteriores á 1886. No diré que todos ellos guarden estrecha unidad de pensamiento, ni menos que algunos no difieran bastante de mis actuales opiniones. Si he preferido éstos á otros muchos de los que llevo publicados, para formar el volumen que me pedía el editor de la *Biblioteca Andaluza*, es porque son los más doctrinales, y por tanto, los de mayor homogeneidad en el tono: excluyendo, casi sin excepción, las críticas particulares de libros y dramas (que quizá reuna también algún día), y entreverándolos con notas de via-

je y cuentos, que rompan un poco la aridez monótona que para algunos lectores tiene siempre la doctrina, aunque sea literaria.

No por esto dejan de ser polémicos estos artículos; y por serlo, cabe aplicarles el título que á todos juntos los cobija.

Sólo hay entre ellos uno inédito: el titulado *Dos amores*. Los demás se han publicado, ya con mi nombre, ya con seudónimo, en el periódico *La Justicia*, en *El Liberal* y en *La Ilustración Ibérica*, y son, por lo común, hijos de las circunstancias, del interés de momento que una cuestión palpitante promovía, obligándome á incursiones en el campo de la literatura, hechas, casi siempre, en són de lucha y batalla.

¡Ojalá me permita el favor del público seguir esta serie de trabajos, que representan para mí gustosísimos paréntesis de otros que de continuo me ocupan: pero en los cuales no pongo, seguramente, un ápice más de devoción y calor de alma que en aquellos, siempre buscados con deleite por mi pluma!

Réstame sólo pedir perdón á mis lectores por las erratas que advertirán en el texto y de las que algunas se salvan al final. No son culpa mía, sino fruto de las circunstancias y de la precipitación con que ha tenido que imprimirse este volumen, para no retrasar la publicación de otros de la misma *Biblioteca*.

R. A.

Madrid, 1892.

LA CONQUISTA MODERNA.

I.

En la reacción últimamente producida contra el realismo y el naturalismo, hay grave riesgo de perder aquella serenidad histórica y crítica necesaria para discurrir el valor real de ciertas ideas y de ciertos hombres, y la parte de elementos aprovechables y sanos que han traído á la evolución de la literatura.

En esta confusión injusta, (y más que injusta, errónea) viene á influir no poco, á mi entender, la manera como todos hemos discutido la cuestión literaria. Porque resulta, que en la defensa y en el juicio del *naturalismo* hemos confundido—sin distinguir lo que á cada cual pertenece—los caracteres del realismo en general, y luego otros muchos que están en la literatura moderna, unos por supervivencia de formas pa-